

E. MIRET MAGDA LENA

El investigador de la Historia Marc Bloch dice: "Los hechos históricos son, por esencia, hechos psicológicos... (Pero) leyendo ciertos libros de Historia se creería que la Humanidad está compuesta únicamente de voluntades regidas con la lógica". (Introducción a la Historia. Ed. FCE.)

Es el equivocado afán en muchos historiadores —lo mismo creyentes que increyentes— de dar una explicación lógica de la figura de Jesús usando sólo los recursos de la crítica sistemática. Con lo cual obtenemos una imagen decididamente falsa de este personaje histórico, que resulta así una mera construcción "a priori". Lo de menos es que seamos o no partidarios de tal figura de hace veinte siglos; lo importante es que no la deformemos con nuestros prejuicios o apasionamiento, sino que estemos dispuestos a aplicar los más modernos y delicados métodos de investigación histórica actual, tan distinta de la puramente racionalista de hace unos años, y que ahora consideramos valiosa en unos aspectos, y en otros, insuficiente, por despreciar los aspectos vitales que indudablemente tiene toda historia, y también la de Jesús.

Un profesor que no es cristiano, de la Universidad hebrea de Jerusalén, David Flusser, se ha dado cuenta de que el método llamado de la "historia de las formas", que se aplicó al cristianismo primitivo ciegamente desde hace cincuenta y cinco años, supuso un avance cierto, pero todavía muy ingenuo, en la investigación de lo que fue la figura de Jesús. Hermann Gunkel, que fue el primero que lo aplicó al Antiguo Testamento, en 1917, lo tomó de los estudios que entonces se hacían sobre la literatura helénica.

Ingenuamente, Dibelius y Bultmann, al aplicarlo al Nuevo Testamento pocos años después, olvidaron lo que dice un investigador como Flusser, que no es cristiano: "Que la literatura griega está basada sobre la creación literaria y la ficción, mientras que los Evangelios se basan en el acontecimiento ocurrido, en la Historia". (Prólogo a D. Flusser —Jesús—. Ed. Seuil.)

Si hubiéramos tenido esto en cuenta, hubiésemos superado el gran espejismo que aquel método ha producido. Porque "no existe entre las palabras de Jesús que relatan los Evangelios y la predicación de la primitiva comunidad que los marca, el distanciamiento y la oposición que suponía la crítica protestante y liberal y que la historia de las formas heredó". (O. c.)

Hay que reconocer, no obstante, que los Evangelios no son ni pueden ser una biografía cronológica que sea completa o escrita sin tomar partido. Los Evangelios son el resultado del impacto que los "dichos" (logia) de Jesús, que circulaban de boca en boca entre sus discípulos, hicieron en ellos. Pero estos "dichos" eran el producto, sobre todo, de una individualidad excepcional, de tan fuerte personalidad, que su propia huella

todavía perdura después de veinte siglos. No hay que olvidar esto.

Pero los intentos inteligentes para escribir una Vida de Jesús completa puede decirse que son cada vez menos frecuentes. Desde 1932, en que el profesor Goguel, de la Universidad de París, escribió su famosa *La Vie de Jesus*, se pueden contar los posteriores intentos con los dedos de la mano. En estos años últimos, sólo son dignos de recuerdo E. J. Goodspeed, en USA; en Inglaterra, A. M. Hunter, H. E. W. Turner, Vincent Taylor y C. J. Cadoux; en Grecia, Rodocanachi, y los más recientes de D. Flusser, en Palestina y Alemania, y Dodd, en Inglaterra. Y entre los católicos, apenas existe otro intento apreciable por su valor, fuera del hecho por Arthur Nisim. Ahora se tiende a estudiar los Evangelios directamente, y olvidarse de esas concordancias siempre difíciles.

¿QUE SABEMOS DE JESUS?

Lo que si resulta hoy verdad es que "en los Evangelios poseemos un cuerpo de materiales de innegable valor histórico; pero escribir una Vida de Jesús basándonos en ellos es una empresa arriesgada", como dice el profesor Dodd, de la Universidad de Cambridge. Por eso, veamos lo que se puede afirmar sustancialmente de estos "memoriales" que conservamos, llamados Evangelios.

El primer camino con el que hay que contar es el de la fuerza de la tradición oral. La memoria proverbial de los pueblos orientales ha perdurado hasta nuestros días. Y en aquel tiempo —hace veinte siglos— no sólo era frecuente esta costumbre de largas recitaciones transmitidas de unos a otros palabra por palabra (H. Riesenfeld), sino que se reforzaba tal hábito con los métodos rabinicos empleados para transmitir palabras y hechos usando una técnica memorística depurada (B. Gehardsson). Sin duda, unos y otros fueron la base con que contaron los evangélicos de una comunidad prepascual, afán histórico-crítico de hoy. Y todo ello avala en principio la sustancial objetividad de bastantes expresiones evangélicas.

Otra vía es la comprobación en los textos evangélicos de una comunidad prepascual, cuya huella es conservada claramente en ellos. No parece estar falseado este dato con elaboraciones doctrinales posteriores, porque apreciamos que conserva su original espontaneidad al comparar tales relatos con otros pasajes evangélicos. Los discípulos que formaron esta comunidad anterior a la muer-

te de Jesús conservaron principalmente las parábolas (J. Jeremías) y las bienaventuranzas (J. Dupont). Y Jesús fue la potente personalidad que se vislumbra con fuerza decisiva al hacer un esfuerzo de comprensión vital de estos Evangelios. La existencia de esta personalidad es la única explicación coherente de estos escritos, cuya decisiva influencia ha perdurado durante veinte siglos.

Además, cuando bajo formas múltiples se avala un hecho o unas palabras, es probable su historicidad (C. H. Dodd); es éste el criterio de convergencia, aplicable aquí igual que en cualquier quehacer histórico. Pero todavía tienen más valor otros criterios como el de semejanza (M. Goguel y E. Kaseman), que asegura todos aquellos hechos que no cuadran con las costumbres religiosas judías del tiempo o con las de la primera comunidad cristiana. Ejemplos: la muerte ignominiosa en la cruz era un "handicap" para creer en la misión de Jesús, lo mismo de cara a los judíos que de cara a los gentiles, y, sin embargo, se relata con pelos y señales, razón de su fuerza objetiva, por encima de los inconvenientes que tenía su relato (F. Mussner); el fracaso externo de su obra, descrito minuciosamente, produciría un verdadero malestar a un lector de aquel tiempo que pretendiese, como era frecuente, un mesianismo triunfante de la situación político-religiosa de la época, y, sin embargo, se relata, a pesar de todo (W. Trilling); la procedencia de Nazaret, que tanta incompreensión produjo entre los judíos que oían el mensaje evangélico, dada la insignificancia del lugar; el Bautismo de Jesús tampoco se calla, aunque le iguala a los demás hombres (De la Potterie), y las tentaciones en el desierto, nada triunfalistas, también se cuentan (J. Dupont). Todos estos hechos y palabras, poco favorecedores de la imagen de Jesús, son transcritos, sobre todo, por el más antiguo evangelista, San Marcos, cosa que escandaliza a los demás y procuran paliarlos.

Otra vía es la de la coherencia de sus palabras con el ambiente de los diferentes lugares donde estuvo, así como la coherencia con el personaje semita que encarnan, tan distanciado del lenguaje griego de los Evangelios (H. Schürmann).

Los Evangelios son, además, como una partitura que hay que ejecutar y escuchar en su conjunto concreto y vital. Poco conocieramos de Mozart analizando externamente sus obras musicales, si no escuchásemos con simpatía su Flauta mágica o su Don Giovanni. Así ocurre con Jesús: si solamente lo desmenuzamos, poco sabremos de su estructura vital de conjunto. Y esto lo puede hacer no sólo un católico, sino el judío Flusser o el incrédulo Malraux, quien, ante los análisis de integradores del Evangelio, exclama: "Basta ser uno mismo escritor para ver en seguida la falsedad de tales interpretaciones: hay textos que analizar; pero hay algo más; escuchar la voz de un profeta real".